

Filosofía: Notas y Noticias

Don Adolfo Bonilla San Martín. — Casi todas las empresas acometidas en España en la última época relativas a la historia de la filosofía española, de cerca o de lejos, deben algo, cuando no mucho o todo, a don Adolfo Bonilla. Su constante preocupación por el tema es sólo comparable, por contraste, a la constante despreocupación que muestran los demás estudiosos españoles de filosofía. Prólogos, artículos, notas, ediciones, libros — algunos tan famosos como el *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, ha prodigado con entusiasmo ejemplar, con competencia innegable y con la mala fortuna de no hallar quienes le sigan, aplicando todas sus fuerzas a cuestiones que no son las únicas a que él dedica su tiempo, con todo y ser ahora el primero en ellas.

Porque Bonilla, en el terrible dilema que impone la ciencia, no ha podido resolverse por el extremo preferido en la actualidad, es decir, por la especialización, y ha laborado en distintos campos científicos, historia y crítica literarias, derecho, lingüística en su rama más ligada a la vida del espíritu, filosofía... Sin dejar, por ello, de probar, fortuna en el teatro y la novela, ni evitar, cuando llegó el caso, la polémica, ni retroceder ante formas difícilísimas de la creación espiritual, reservadas a quienes, como él, dominan con igual maestría el pensamiento abstracto y las realizaciones estéticas: me refiero a sus diálogos filosóficos, donde las ideas cobran esa eficacia, esa elástica virtualidad que sólo logran en la dialéctica viva de la conversación; mientras en el monólogo que es la exposición aparecen siempre teñidas de dogmatismo, con pretensiones de cosa terminante y definitiva, como yendo al encuentro y desafiando nuestra secular experiencia de la falibilidad de los jui-

cios y opiniones de los hombres. En este género es maestro Bonilla, y ha reservado para expresarlas en él sus propias meditaciones, acaso porque su misma experiencia de la historia filosófica le inclina hacia una forma de pensar que deja a las ideas un gran margen para la autocontradicción y favorece la visión múltiple y amplia de los asuntos. Y dicho al pasar, acaso en las próximas vacaciones universitarias termine uno de estos diálogos en que desde hace tiempo trabaja — *Polimnia, o del tránsito de las sombras*, — y acaso también sea en VERBUM donde aparezca por vez primera.

La noble ambición de saber y comprender muchas cosas ha limitado las actividades de don Adolfo Bonilla en los estudios de historia de la filosofía; nunca se lamentará bastante, por ejemplo, que no esté ya terminada la *Historia de la Filosofía Española*, obra sólo posible a un espíritu como el suyo, capaz de la investigación erudita o filológica y de la vasta construcción sintética orientada por ideas generales. La misma calidad de su talento, curioso de muy diversas maneras del saber y familiarizado con muy distintas disciplinas, le hacían capaz de realizar este propósito — y le han puesto después en el caso de apartarse temporalmente de él, o por lo menos, de retrasar su cumplimiento. Algo parecido sucede con su *Colección de filósofos españoles y extranjeros* y con alguna otra de sus empresas, por ejemplo, el *Archivo de historia de la filosofía*.

El pensamiento filosófico español del momento carece de la vocación histórica, y es grave falta suya. La renovación filosófica italiana ha demostrado la base insustituible del historicismo, aun como preparación para una especulación original. Casi ninguno de los mayores pensadores italianos de hoy han prescindido en sus comienzos de una seria disciplina histórica, cuyos frutos, comparados con los que produjo el naturalismo filosófico son muy dignas de reflexión. Pero llevaría muy lejos considerar esto despacio. Baste por ahora con lo dicho y con agregar que no se ve quién en España sea capaz de llenar

esa laguna que se advierte en su cultura, aparte de don Adolfo Bonilla.

Más a propósito de Vorländer. — A las dos palabras sobre Vorländer y su manual, estampadas en el número anterior, se agrega ahora que Ortega y Gasset, si llega a publicar su traducción, prestará un señalado servicio a la cultura poniendo al libro unas notas sobre filosofía española. Y no sólo respecto a la filosofía española, donde la exigüidad de la materia invita a las omisiones, sino también respecto a la francesa e italiana contemporáneas, necesita notas y complementos el manual para ser útil por entero a un lector latino. No tanto con el fin de procurarle en él una información completa — información fácil de hallar en otros libros, — como con el propósito de corregir el cuadro bastante parcial de la actividad especulativa actual que da Vorländer y para restituir a cada país su extensión relativa en el mapa filosófico.

Y como omitiendo el nombre de Ortega y Gasset se suprime uno de los capítulos principales del pensamiento español moderno, el traductor, en sus *addenda*, deberá hablar de sí mismo, explicar su génesis espiritual, enumerar sus escritos, exponer sus tendencias, su actitud ante cada problema. ¿Por qué no? El mismo Vorländer le da el ejemplo, asignándose media página en su libro (II, p. 439); no hacerlo hubiera sido dejar incompleta su revista del movimiento neokantiano por un escrúpulo muy poco científico.

Los alemanes han alcanzado en este punto un grado de objetividad que contrasta con nuestros hábitos más arraigados. Uno de los buenos libros donde se puede estudiar el pensamiento germánico contemporáneo (*Die deutsche Philosophie der Gegenwart in Selbstdarstellung*, Leipzig 1921) está constituido por una serie de estudios en que Barth, Driesch, Meining, Rehmke, Wolkelt, Vaihinger y otros exponen, cada uno, su propia filosofía. Repárese que no se trata aquí de un libro en cooperativa, como los de los realistas estadounidenses de última hora, destinado a dar los puntos de vista de un grupo sobre determinados problemas, y por lo mismo más cercano

de la revista que del libro propiamente dicho, sino que hay el propósito—hasta por el título—de representar en su conjunto la filosofía de un país en una época, con una valorización implícita afrontada desde luego por cada uno. Las revistas, por su parte, suelen tener una sección permanente (*Selbstanzeigen*) de notas bibliográficas enviadas por los autores cuando publican un libro. Estas notas, escritas por los autores, van firmadas por ellos, y sólo en este detalle se apartan de lo que suele practicarse entre nosotros.

Objetividad he dicho. Nosotros tratamos cuidadosamente de esconder al hablar la propia persona, nos esforzamos en aparecer olvidados de nosotros mismos, como si decir “yo” fuera pronunciar una *mala palabra*. Pero no nos dejemos engañar por estas apariencias. Ese yo tácito está siempre en acecho en lo hondo de su agujero. Una polémica entre gentes de letras es, entre nosotros, un espectáculo lamentable. La vanidad disimulada bajo aquella mentida modestia, una vanidad de negro, impone a cada uno que sea él quien diga la última palabra; lo demás importa poco. Falta de objetividad, falta de amor profundo y sincero a las cosas del espíritu a las cuales fingimos consagrar la vida, y que en realidad siguen siéndonos extrañas.

Pero además de la objetividad, consecuencia de la identificación de los intereses personales con los ideales que se sirven, hay otras causas, sin duda, en la simplicidad de maneras de los estudiosos alemanes. El filósofo es en casi todas partes una excepción; en Alemania solamente—o por lo menos en un grado muy superior respecto a los otros países—el trabajo filosófico es una actividad normal y ordinaria al lado de las restantes tareas de la cultura; una tarea que no exige aptitudes extraordinarias ni milagrosas, sino aquella vocación, aquellas dotes necesarias para dedicarse a una rama determinada de la ciencia o del arte, y el propósito de enterarse de todos los resultados obtenidos para partir de ellos. Y con esto basta para hacer buena obra.

Johanes Rehmke; El esprit de suite.—Johannes Rehmke, patriarca ahora de la filosofía del dato, ha celebrado en febrero de este año su setenta y cinco cumpleaños. Casi simultáneamente ha salido una segunda edición de su *Lógica*. Sophus Hochfeld, que se trasladó a Marburgo para cumplimentar al anciano filósofo, en representación de la Sociedad Johannes Rehmke, refiere la sencilla ceremonia en la revista *Grundwissenchaft*, los montones de cartas y telegramas, los discursos. Todo con una mezcla de sencilla ternura y de germánica pedantería que no deja de convenir a la ocasión.

La sociedad referida, fundada en 1919, viene a ser una reunión de los fieles discípulos de Rehmke, y la citada revista es su órgano natural; los conceptos fundamentales del pensamiento del maestro se repiten en todas sus páginas como una consigna. Indudablemente los alemanes poseen en la más alta dosis aquel *esprit de suite* de que nosotros, como el gran Corneille, carecemos. Esta carencia se relaciona, naturalmente, con la falta de objetividad señalada más arriba. La reunión reverente y un poco gregaria de unas cuantas jóvenes voluntades alrededor de un hombre consagrado, se presta fácilmente a la ironía—a nuestra cómoda ironía, que es nuestra pedantería—y también a la meditación. Dos ejemplos pueden dar, por lo pronto, ambos útiles: uno de respeto ante una vida ejemplar; otro de cooperación, de colaboración, de empeñoso anhelo de hacer rendir su máximo provecho espiritual a un principio o punto de vista que se juzga fecundo. Si el principio o punto de vista nuevo no es un sol que ilumine con luz nueva el universo, siempre podrá ser—y así suele ser—una linterna que derrame un poco de luz sobre las cosas oscuras, incoloras, del ancho mundo...

En los *Anales* que dirigen Vaihinger y Schmidt ocurre algo semejante. La disciplina parece menos estricta, pero el *Als-ob* aparece casi con tanta frecuencia como el *Grundwissenchaft* y el *Gegebenen* en la otra. Las conclusiones de la sistematización pragmatista de Vaihinger se aplican aquí en gran escala—ahora a la teoría de Einstein—y sólo que sea posible

intentarlo proyecta un prestigio nuevo sobre el libro del filósofo.

Del optimismo y del pesimismo. — Si preguntamos a un optimista y a un pesimista las razones de sus respectivas actitudes, nos pondrán desde luego sobre la pista de lo que hemos de pensar sobre el optimismo y el pesimismo. El pesimista nos dará razones teóricas. La mente humana — nos dirá, por ejemplo, — está angustiada por problemas que no puede evitar ni resolver; o nos argüirá, ante el espectáculo del mal, que la perfección consiste en el no ser; o nos dará por resuelto que el valor es lo eterno, y opondrá a la eternidad lo fugaz de la existencia. O nos expondrá otros motivos parecidos... Puede también manifestárenos optimista al primer examen, y cuando le obliguemos a llegar hasta las profundidades de su alma, quizá salga confesándonos, con Croce, que en realidad “no conoce, filosóficamente hablando, otro verdadero optimismo que el pesimismo activo”.

El optimista nos presentará casi exclusivamente motivos de orden práctico. Puesto que vivimos, tratemos de ver la vida lo más alegre y regocijada posible, dirá. Una comprobación elemental nos muestra que se mueve en otro plano que el pesimista, un plano donde las afirmaciones de la fe se adelantan a las experiencias. No deja que la imagen de la realidad llegue hasta él, sino que le sale al paso con otra imagen arbitraria. A las conclusiones sacadas por el pesimista de sus datos, él opone razones de conveniencia. Y su conciencia de la arbitrariedad de su imagen facticia varía entre límites amplísimos. Lo usual es que apenas se le convence de inconsecuencia o de que se niega a percibir la evidencia, su optimismo retoñe por otro lado con el mismo vigor de antes, como retoñan las ramas del árbol podado. Y es que su optimismo no es sino una manifestación de la misma virtud vital que tras cada poda renueva las ramas cortadas de los árboles.

Como tantas otras oposiciones aparentes, optimismo y pesimismo nunca entran en conflicto verdadero. Dos trenes avanzan uno contra otro; el observador, algo alejado, teme por

un momento que choquen, aguarda con el corazón palpitante que se produzca la catástrofe. Pero los trenes se encuentran, pasan uno al lado del otro, se alejan en direcciones contrarias. El observador, con un poco de burla para consigo mismo, comprende que avanzaban por vías paralelas.

Croce y los Padres Salmanticenses: Una coincidencia. — Ante todo, quede bien sentado que lo de coincidencia se dice aquí, sin el menor asomo de ironía ni doble sentido, porque la ocasión así lo requiere y porque soy enemigo de enigmas y de dejar entender cosa distinta de lo que buenamente digo; y aun creo es ya suficiente que se hable o escriba *con sentido*; con un sentido solo, pero con un sentido por lo menos.

El pensamiento fundamental de la *Estética* de Croce es la identidad entre el conocimiento intuitivo y la expresión, que es, a su vez, el fenómeno estético: "*Ogni vera intuizioni o rappresentazione, è insieme, espressione.*" El libro entero no es sino un desarrollo, un comentario, una discusión de este principio. Croce establece previamente que el conocimiento tiene dos formas: la intuitiva y la lógica. La primera es conocimiento de lo individual, conocimiento mediante la fantasía y productor de imágenes; la segunda es conocimiento de lo universal, conocimiento mediante el intelecto y productor de conceptos. Nótese de pasada que por esta peculiar concepción suya del fenómeno estético, coincidente con la intuición, su *estética* es juntamente teoría del conocimiento sensible y doctrina *estética* en el sentido habitual, y en cierto modo vienen a integrarse así en una las dos acepciones de la palabra *estética* en la historia de la filosofía, la de Kant en la *Crítica de la razón pura* y la posterior y generalmente adoptada.

Puesta esta definición del hecho artístico, la norma crociana para juzgarlo en cada caso particular consiste en ver si coinciden exactamente expresión e intuición: la belleza es "*espressione riuscita o meglio espressione senz'altro, giacché l'espressione, quando non è riuscita, non è espressione.*"

Tal criterio de Croce para juzgar la obra de arte es el mismo establecido por los padres salmanticenses, autores del

Curso de Teología, impreso por primera vez en 1631. “Los padres salmanticenses, dice Menéndez Pelayo (*Ideas Estéticas*, VII, p. 59, 2.^a edic.), hacen consistir la bondad de la obra artificial, no en la finalidad objetiva, sino en la conformidad de la obra artificada con la idea e intención del artífice”. Más extensamente discurre en otro lugar de la teoría estética sustentada en el *Curso* (III, p. 195): “La bondad moral se juzga por la proporción de los actos al fin último de la humana vida. Cuando el hombre obra en conformidad con este fin, aunque se aparte de otros fines particulares, obra bien moralmente. Pero la bondad *artificial* se toma precisamente del fin particular a que tiende el artífice como tal, el cual fin es únicamente que lo artificado se conforme a la idea e intención del artífice. Y el que consigue este fin e intención, aunque se aparta del fin último, se llama buen artífice; el que no lo consigue, aunque se conforme en su intención al fin último, peca contra el arte”.

Claro está que lo que es en Croce un corolario deducido rigurosamente de un postulado fundamental, es aquí—hasta donde deja ver la exposición de Menéndez Pelayo—un punto de vista independiente de cualquier presupuesto filosófico. El concepto del arte no es tampoco idéntico en los escolásticos carmelitas de Salamanca y en el filósofo napolitano... Con todo, la coincidencia no deja de ser interesante y revela una modernidad insospechada en secuaces del tomismo, y donde menos pudiera imaginarse, en cuestión referente a la última en constituirse entre las ciencias filosóficas.

Croce, que ha leído casi todos los libros, no habrá perdido su tiempo en recorrer los ingentes volúmenes del *Curso teológico salmanticense*. Pero la *Historia de las ideas estéticas en España*, donde se hallan las palabras transcriptas, sí la ha leído y la recuerda más de una vez en la *Estética*, y es de suponer que detenidamente, pues la recomienda hasta para asuntos ajenos a la estética española (cuarta edición, páginas 514, 520, 521, 564, 566, 567: “*Per la tradizione delle idee platoniche e neoplatoniche nel Medisevo e nel Rinascimento, piú am-*

pramente e meglio di tutti, Menéndez Pelayo..."; 573, 574: "Per questo periodo (se refiere a los estéticos alemanes menores) piu brevemente il M. y P...; 574: "Per la storia dell'Estetica francese nel secolo XIX, la migliore esposizione si ha nel M. y P..."). Y bien hubiera podido decir dos palabras, en su resumen histórico, sobre los olvidados carmelitas salmantinos, cuyos librotos sólo se leerán ya en algún seminario de provincia, aun cuando no fuera sino por haber adivinado algo del criterio de estimación estética que él ha establecido después victoriosamente.

Hace tiempo que una anotación marginal en mi ejemplar de la *Estética* me invitaba a escribir las líneas precedentes, y la tentación ha vuelto ahora al releer algunos libros del fuerte filósofo italiano. Si esta nota nada enseña sobre él, ha servido por lo menos para recordar aquí su nombre, ya ilustre. Tómese como una incitación a la lectura de sus libros. Y quienes, por escasa inclinación a la dialéctica del nuevo idealismo, hayan retrocedido ante las páginas un tanto arduas de la *Estética* o de la *Lógica*, lean los capítulos de su historia de la historiografía, densos de conceptos capitales y luminosos sobre la historia de la cultura; lean el segundo volumen de las *Pagine Sparse*, donde hallarán la más bella lección de probidad intelectual y de valerosa independencia de la mente que pueda dar un estudioso cuando es al propio tiempo un gran carácter.

Sobre algunos libros recientes. — La sección de Librería y Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad cordobesa ha publicado la traducción de un ensayo de Simmel: *El conflicto de la cultura moderna*. Mucho más interesante que el análisis de la crisis moderna de la cultura, tal como Simmel la entiende — al cual podría reprochársele un error de perspectiva. — mucho más interesantes son las consideraciones de las primeras páginas, verdaderamente admirables, donde explica la historia como un contraste perenne del espíritu, creador de formas que en el momento de la creación son expresiones suyas y sus ob-

jetivaciones adecuadas, pero que a su vez cobran vida autónoma y pugnan contra él cada vez más en cada momento sucesivo, mientras él continúa objetivándose en creaciones nuevas. Nunca se ha encerrado en menos palabras ni se ha enunciado tan ajustadamente una fórmula del devenir histórico.

Esta publicación inicia una serie, que es de suponer inspirada en el deseo de remediar un poco nuestra lamentable penuria de bibliografía filosófica. Es una iniciativa más de la Universidad de Córdoba, sumada a las que ya le señalan un puesto de excepción entre las casas de estudios de la República. La presentación es excelente, y desde todo punto de vista representa el folleto un precioso regalo espiritual, regalo en todos los sentidos posibles, porque estas publicaciones no se cobran.

La primera edición de este ensayo es de 1917. Es uno de los cuatro o cinco últimos escritos de su autor, que falleció en septiembre de 1918. Pensador ingeniosísimo, sutil, capaz como nadie de agotar un punto de detalle y de adoptar una actitud original en problemas cuyo planteo parecía definitivamente fijado, Simmel no ha obtenido de la crítica ortodoxa de su país el puesto que se le asigna fuera de él.

En la "Colección Universal" de Calpe, ha aparecido una versión española del *Tratado de la naturaleza humana*, de David Hume.

Los *Estudios indostánicos* de José de Vasconcelos, editados por Calleja, constituyen un bello libro y vienen a colmar un sensible hueco en la bibliografía hispanoamericana. Quizá sobre en él un poco de entusiasmo—el autor habla más como propagandista que como mero expositor y crítico—y falte, en cambio, un poco de orden y de esos complementos subsidiarios, índices, bibliografía, sin los cuales un libro de este género no alcanza toda su eficacia. Estas observaciones y otras de índole diversa que se harán más adelante, no obstan al mérito del libro, bien escrito, conteniendo una ojeada general

al tema, pleno de entusiasmo generoso y comunicativo y patentizando en cada página la reacción personal del autor ante el prestigio del mundo casi incógnito que nos va descubriendo. Obra, pues, de información oportuna y obra de arte.

Francisco Romero.

Noviembre de 1923.